



ROSER A. OCHOA

VICTORIA O DERROTA



Copyright

EDICIONES KIWI, 2020

info@edicioneskiwi.com

www.edicioneskiwi.com

Editado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONESKIWI

Primera edición, mayo 2020

© 2020 Roser A. Ochoa

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: shutterstock

© Ediciones Kiwi S.L.

Corrección: Irene Muñoz Serrulla

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[¿Victoria o derrota?](#)

¿Victoria o derrota?

Noviembre del 2019, la humanidad había vuelto a dar un paso al frente en su lucha para erradicar esa plaga que crecía poco a poco, pero que, en algún momento, podría terminar siendo un peligroso enemigo de la humanidad: los vampiros. Un grupo de científicos elegidos, después de muchas discusiones y con suma meticulosidad por parte de los gobernantes de los principales países, habían unido fuerzas para desarrollar el arma definitiva contra esos seres «inmortales» que tenían amenazada la población sin que esta, tan siquiera, fuese consciente del peligro con el que convivía a diario. El lema de «ahora o nunca» reverberaba en la cabeza de esos poderosos dirigentes en el momento en que dieron luz verde a la propagación de ese virus, ¿qué podía salir mal?

El primer humano afectado de Covid-19 murió poco tiempo después. La alarma estalló y de pronto todo se precipitó hacia un desenlace para nada esperado. Los dirigentes de esos mismos países intentaron, por todos los medios posibles, frenar el avance de ese feroz e invisible enemigo que poco a poco diezmaba su población, hasta llegar a un punto de inflexión y de pronto, esos fuertes líderes mundiales, simplemente se rindieron.

Esa noticia afectó de distintos modos a esos otros habitantes del planeta Tierra, algunos reían de la estupidez humana, sin embargo, otros estaban preocupados por el desarrollo de los acontecimientos, hasta el punto de que marzo del 2020 supuso ese momento que pasaría a los anales de la historia como el punto de inflexión en el que los vampiros se vieron en la difícil situación de decidir si salvar a la humanidad o quedarse de brazos cruzados viendo cómo esta se extinguía.

Esa mañana los primeros rayos de sol descubrieron a Johan

abrazado al cuerpo de Sora, que dormitaba de manera plácida, respirando de forma tranquila y acompasada.

—¿No ha sonado el despertador? —preguntó la chica, entreabriendo los ojos.

—Sí —confirmó Johan—, pero estabas tan cansada que lo he apagado.

—Hoy es el día. —Sora no pudo evitar cierto tono de preocupación.

—Lo es —soltó en un soplido Johan, saliendo de la cama—. Voy a irme en un rato... solo quería verte despertar. —Sonrió él.

—Te quiero —dijo Sora desde la cama, sin apartar la mirada de él mientras empezaba a vestirse—, te quiero mucho —repitió, sin poder evitar que los nervios rompieran su voz.

—Voy a lograrlo —afirmó el chico, volviendo a gatas por encima del colchón para poder abrazarla—. No te va a pasar nada, ¿me oyes? Voy a convencerlos...

—Ellos odian a los humanos, y con la sangre sintética ya no os hacemos falta...

—Sora —dijo Johan agarrándola por las mejillas para alzar su rostro—. Siempre has confiado en mí, no pierdas la esperanza—. ¿Cuándo te he fallado?

—Nunca —confirmó Sora, abrazándose al frío cuerpo de su pareja.

Siempre había confiado en Johan, una confianza ciega y sin reservas. Desde el momento en que se había enamorado de un vampiro su vida había sido un caos tremendo, y ahora que parecía que todo iba a salir bien entre ellos, después de tantas vicisitudes, pasaba eso. Sora no pudo evitar estremecerse, y no supo discernir si por sus pensamientos o por el tacto mortecino de su amante.

Si alguien podía salvar a la población mundial ese era Johan, pues aun siendo vampiro era mucho más humano que muchos otros.

Cuando el chico salió del apartamento, se dio cuenta de que el estado de la ciudad era desolador, las calles vacías, el ambiente triste, el miedo que se condensaba a su alrededor... El Gobierno, en un último intento de salvar a la población, los había instado a

quedarse confinados en casa, una medida poco popular aunque hasta la fecha, bastante efectiva. Aunque Johan se preguntaba cuánto durarían intactos los ánimos en la población.

Cogió el coche y arrancó, intentaría llegar todo lo lejos que pudiera como un humano normal, el resto del camino, de ser necesario, lo realizaría usando otras fórmulas. Dos días después divisó por fin su destino.

Esa mañana Sora despertó sola en la cama, que sentía grande y vacía sin Johan al lado, lo extrañaba como jamás pensó que añoraría a alguien. Desde que se habían conocido su vida había dado un vuelco, todo en lo que creía y todo en lo que no creía se había mezclado y agitado, y le había explotado, casi de manera literal, en la cara. Sonrió al pensar en esas primeras citas y en cuando descubrió toda la verdad del chico del que ya estaba irremediablemente enamorada. Estar sin él era duro, sin embargo, confiaba en ese *hombre* más que en cualquier otra persona en el mundo. Se duchó sin prisas, desayunó ojeando la prensa internacional en el móvil y se vistió mientras en los telediarios se dedicaban a mostrar y tergiversar datos y estadísticas, números y nada más que números, las cifras era importantes, las personas ya no. Cuando salió de casa la sorprendió una pequeña caja con una envoltura de plástico perfecta sobre su felpudo, al agacharse a recogerla escuchó pasos de la puerta de enfrente.

—¡Son galletas! —gritó la vecina para dejarse escuchar a través de la madera—. Que tengas una buena guardia Sora.

—Gracias —dijo ella conmovida.

—¡Buena jornada, Sora! —Se escuchó desde otro de los pisos.

—¡Animo! —dijo otro de los vecinos.

—Venga, Sora, ¡todos estamos contigo! —dijo una voz un par de plantas más abajo.

—Muchas gracias, vecinos —exclamó la chica con un nudo en la garganta.

Cuando salió a la calle la ciudad tenía el mismo aspecto desolado de las últimas semanas, sin embargo, sentía un intenso calor en su interior que la reconfortaba y llenaba de renovadas fuerzas. Llegó al hospital aún con el corazón agitado, feliz y con ganas de empezar la

jornada. Tenía todas sus energías reservadas para esas maratonianas guardias y daría lo mejor de sí misma un día más.

—Siempre sonríes —dijo una compañera al pasar por su lado.

—Por supuesto —afirmó con convicción.

—Me gustaría poder ser tan positiva como lo eres tú —lamentó la chica, con cara de cansada.

Sora soltó un suspiro y no pudo evitar pensar en Johan, lo echaba muchísimo de menos, con él al lado era más fácil sonreír, esperaba que consiguiera su objetivo.

¿Podía un vampiro tener dolor de cabeza? Seguramente solo fuera en su imaginación, no obstante la sensación de presión intracraneal era bastante real. Ya llevaban discutiendo cinco días y estaba claro que el consenso todavía quedaba lejos.

—¿Por qué deberíamos ayudarlos? —dijo Saúl, uno de los líderes de más antigüedad—. No debemos olvidar que son ellos los que han intentado matarnos —sentenció cargado de razón, a lo que la audiencia ahí presente vitoreó.

—¿Debemos dejarlos morir entonces? —inquirió Viktor, el vampiro europeo más longevo de todos. Puede que su ascendencia eslava y el frío de sus tierras hubieran obrado tal milagro en él.

—¡Deberíamos! —exclamó un joven en representación de una de las facciones americanas.

—Todos estamos movidos por el odio y por el rencor pero, creo que deberíamos meditar bien nuestros actos, pues de ellos va a depender no solo el futuro de la humanidad, sino en gran parte el nuestro propio —sentenció el representante africano.

—Nuestra raza y la raza humana siempre han estado entrelazadas y jamás ha existido una sin la otra —argumentó Viktor, con su siempre calmada voz.

Eran obvias las reticencias de muchos a tender una mano amiga a esos seres a los cuales siempre habían considerado inferiores, mero producto de consumo. Sin embargo, las implicaciones del

exterminio de los humanos era algo imposible de calcular, era imposible predecir los efectos a corto, medio y largo plazo de la extinción humana, y por más animadversión que sintieran por esa raza, estaba claro que, en el fondo, todos sabían que no podían simplemente dejarlos morir.

—Ellos han creado ese virus solo para matarnos —siguió Saúl—. Ellos no han mostrado ningún tipo de consideración hacía nuestra especie, ni tan siquiera se plantearon que ocurriría sin nosotros, al igual que nosotros estamos pensando en ellos.

—¿Eso significa que si ellos actúan de forma estúpida nosotros debemos hacerlo también? —se atrevió a apostillar Johan, el cual llevaba un rato callado.

—Llevamos habitando el planeta por un largo tiempo —dijo de nuevo Viktor—, sabemos que la inteligencia de los humanos es escasa y limitada, son incapaces de pensar en nada *más allá* de los pocos años que duran sus cortas vidas y, precisamente por eso, deberíamos ser nosotros quienes velemos por ese futuro que ellos son incapaces de alcanzar a ver.

—Buen punto, Viktor —concedió a regañadientes Saúl—. ¿Johan...?

—¿Es serio vamos a escucharlo a él? —bramó otro de los americanos—. ¿Acaso no es un traidor al enamorarse de una humana?

—Jamás pensé que mis relaciones personales empañaran mi dilatada experiencia y todos mis estudios...

—Bla, bla, bla —respondió el hombre.

—Muy maduro —reprendió otro.

—Solo digo que él no es imparcial —volvió a atacar.

—Claro que no lo es —empezó a decir Viktor—, ninguno aquí lo somos, todos hemos tenido contacto con los humanos, todos tenemos un amigo humano, un vecino, un compañero de trabajo, en el caso de Johan una pareja... Todos estamos influenciados por nuestras vivencias a su lado... Pero los hechos son los hechos, sin los humanos, nuestra extinción iría detrás.

—¡Eso no se puede saber!

—¡Claro que se puede! —chilló Johan, perdiendo la paciencia.

—Maldito bastardo traidor...

—¡Basta! —exigió con urgencia Saúl exasperado, consciente de que, si seguían así, llegarían a un nuevo punto muerto.

La relación entre ambas especies siempre había estado demasiado enturbiada, desde sus inicios todo había sido demasiado complicado, llegando al punto de tenerse que esconder y ver sus vidas peligrar. Monstruos, asesinos, aberraciones... El miedo y la desconfianza empuñando un arma nunca había dado buenos resultados; lidiar con esos seres obtusos que siempre se creían mejores que los demás...

Cuando esa jornada las negociaciones se aplazaron, Johan no pudo evitar cierta desazón, jamás pensó que sería tan difícil convencer a la comunidad, no obstante salvar la raza humana era una necesidad, ¿por qué era tan difícil hacérselo entender? Había pasado más de un siglo entre libros y laboratorios, era malo con las palabras, él solo se remitía a los hechos, y esos eran tan claros que hasta esos estúpidos vampiros tenían que verlo. Johan alzó las manos golpeándose en el rostro lleno de frustración, no tenía intención de perder esa batalla y haría todo lo que estuviese en su mano para convencerlos de hacer lo que era correcto.

«Un poco más, solo un poco más», pensó Sora, agarrándole la mano a ese hombre que estaba a punto de convertirse en otro número para hacer subir o bajar la gráfica de ese mes de abril. A través de los guantes no podía notar el tacto de la piel, apenas sentía el calor que desprendía, solo percibía el ligero temblor que no sabía si era del hombre o suyo propio.

—Sora —dijo la enfermera a su espalda—, ha muerto —confirmó, apuntando la hora en el informe.

—Mierda —lamentó Sora, aún aferrada a esa mano—. Solo tenía que aguantar un poco más, solo un poco... —murmuró mordiéndose los labios para evitar llorar.

Salió despojándose con extrema precaución de todos los EPI y protecciones que debían usar. Se sentía frustrada, pero no dejaría que eso la afectara.

—¿Necesitas salir un poco? —le preguntó un compañero al verla algo alterada.

—No —afirmó con convicción.

Era cuestión de tiempo que todo se arreglara y su trabajo en ese momento, su batalla personal, era mantener a los pacientes con vida, era lo que debía hacer, solo tenían que aguantar un poco más y todo terminaría. Así que dibujó una preciosa sonrisa en su rostro antes de entrar en la sala de personal, necesitaba un café, a veces las guardias eran demasiado largas y, a esas alturas, todos estaban muy cansados.

—¿Mañana es tu día libre? —preguntó una compañera.

—Sí, pero puedo venir si me necesitas —dijo Sora.

—No, descansa un poco, además seguro que tu novio te echa de menos.

—Seguro —murmuró ella, manteniendo la sonrisa.

Esa tarde, justo al regresar a su casa, cuando estaba a punto de alcanzar su portal, empezó a escuchar el primer estallido de palmas que venía de uno de los balcones del edificio frente al suyo. A esos aplausos pronto se unieron otros, y otros... y muchos más hasta que toda la calle quedó aplastada por el sonido de las palmas, silbidos y vítores de esperanza que le hicieron romper a llorar. Estaba claro que a veces el ser humano era sorprendente y maravilloso, era una verdadera lástima que tuviera que pasar algo tan horrible para que todos lo recordaran.

Johan no entendía qué les llevaba tanto tiempo, todo estaba en marcha, habían llegado a un acuerdo, y tan solo tenían que empezar a actuar. Él era un hombre de ciencia, lo era incluso antes de que se la conociera con ese nombre, cuando solo se la consideraba *brujería*, algo desconocido y al alcance de unos pocos. Todos los temas políticos eran algo que se le escapaba. Nunca había sido bueno con las personas, fuesen de la raza que fuesen, a excepción de Sora, con ella siempre fue diferente, desde el momento en que se conocieron, ella era especial y única en ambos mundos. No podía evitar pensar en Sora a todas horas, después de

tanto tiempo, solo deseaba poder verla, abrazarla y hacerle el amor. Quedarse encerrados en casa no por un maldito confinamiento, sino midiendo una y otra vez el colchón.

—Eres un cerdo —lo acusó Ana al verlo.

—¿Qué? No, yo...

—¿Me vas a decir que no pensabas en esa humana?

—Aaahhh... sí, pensaba en ella —reconoció avergonzado.

—Hombres... —masculló entre dientes—. Humanos o vampiros, solo pensáis con la entrepierna —lamentó medio en broma—. Tengo ya los últimos resultados.

—¡Joder! Haber empezado por ahí —la reprendió Johan—. ¿Qué? —Se apresuró por querer saber.

—Son un maldito éxito —sentenció Ana, empezando a esbozar una sonrisa—. Eres un genio Johan —dijo admirada.

—No es solo mérito mío. —Se apresuró a responder.

—Lo sé, sin mí habrías estado perdido —alardeó la chica.

—Totalmente —aseveró Johan—. Entonces... ¿lo tenemos?

—¡Lo tenemos! —afirmó Ana feliz—. Es irónico, ellos crean un virus para matarnos y nosotros les hacemos el antídoto para salvarlos.

—No pienses así... nos estamos salvando todos.

—Lo sé, lo sé... —confirmó ella alzando los ojos al cielo—. Ahora solo nos queda esperar la reacción de esos humanos.

Cuando esa noche por fin salió del laboratorio lo hizo con la sensación de haber hecho algo grande, llevaba habitando el planeta tanto tiempo que ni lo recordaba y, sin embargo, ese pequeño milagro iba a marcar un antes y un después en su existencia. Se sentía feliz y esperanzado, ahora solo cabía esperar si el resto de compañeros había sido tan eficaz en su propósito diplomático como ellos habían sido en el laboratorio. Estaba impaciente porque todo eso terminara de una maldita vez y poder pasar esa trágica página de la historia, tenía la esperanza de que fuese de ese modo, con un poco de suerte esa maldita situación les valdría a ambas razas para iniciar un mundo nuevo, mucho más unidos, trabajando codo con codo podían lograr grandes cosas, estaba convencido de ello.

Johan se moría de ganas de volver a casa para estar con Sora,

ahora mismo era lo que más deseaba en el mundo entero.

—¡Lo han logrado! —gritó alguien dejando el teléfono sobre la mesa—. Un laboratorio de Canadá ha dado con la vacuna para el Covid-19. ¡Estamos salvados!

—¿Qué dices? —preguntaron asombrados.

—Lo van a anunciar en una rueda de prensa los líderes mundiales, desde el inicio de la pandemia han tenido en secreto a un grupo de virólogos expertos trabajando en la cura, y por fin han dado resultado.

—¿Pero ha sido testado con humanos?

—¡Claro! Ha pasado todas las fases y cumple con todas las garantías exigidas.

Esa noticia fue corriendo de boca en boca, en tan solo unas horas todo el mundo hablaba de ese maravilloso fármaco que pondría, por fin, el punto y final a esa pesadilla en la que se habían sumergido durante meses. Las ansias crecieron en la humanidad, deseosos de poder retomar sus vidas en el punto exacto donde las habían tenido que detener. Sin duda quedaba un largo camino que recorrer, ya nada sería lo mismo, muchos eran los que se habían ido, pero los que quedaban, lo hacían con los corazones llenos de esperanza.

—...Eso es lo que yo he escuchado.

—¿Seguro? —preguntó uno de los doctores de urgencias—. ¡Sora! ¿Tú has escuchado algo del nuevo fármaco?

—¿Yo? Llevo aquí metida desde ayer a las tres de la tarde —dijo la chica con un gran bostezo.

—Dicen que lo han anunciado por televisión en una rueda de prensa —siguió el hombre emocionado—, un laboratorio de Canadá ha encontrado una vacuna, y es cien por cien efectiva.

—¡Eso es fantástico! —exclamó rompiendo a llorar una enfermera.

El corazón de Sora dio un brinco en ese instante y sin poder remediarlo a sus ojos también se precipitaron lágrimas de alegría y

felicidad, toda ella empezó a temblar, estallando al fin esos nervios acumulados hora tras hora, día tras día...

—Tú siempre tuviste fe en que todo terminaría —dijo la enfermera parada a su lado—, es admirable, tú nunca perdiste la esperanza.

—Es verdad, no hay persona más positiva que Sora, es como si siempre hubiese sabido que todo se arreglaría.

—Nunca te rindes —dijeron apretando su hombro.

Claro que no, jamás iba a hacerlo, y eso solo era porque él se lo había prometido, y Johan siempre cumplía su palabra. Ese pensamiento la hizo llorar con mucha más intensidad. Sora entró al baño, se quitó la bata y se lavó con insistencia los restos de lágrimas que empañaban sus ojos. Notaba el temblor en sus manos y el dolor de estómago por los nervios, estaba tan abrumada que sintió la necesidad de respirar un poco de aire, aunque solo fuese en la puerta del hospital.

Cuando salió se dio cuenta de que volvía a ser de noche sin que hubiese advertido el paso de las horas, solo el cansancio que se había ido acumulando en su cuerpo. Alzó la mirada a la luna, que estaba casi llena e iluminaba el cielo, y al volver la mirada al frente fue cuando lo vio, con una enorme sonrisa de satisfacción en el rostro.

—Siento haber tardado tanto —se disculpó Johan, acercándose un par de pasos en su dirección.

—Sabía que lo lograrías, no lo dudé ni un solo instante —respondió ella, sin atreverse a mover un solo músculo, con miedo a que al alzar la mano él ya no estuviera allí.

—Te quiero, Sora —dijo Johan, atrapando sus labios.

Dos días después, la comunidad internacional empezó a distribuir de manera masiva la vacuna en todos los países del mundo, en poco más de unas semanas todos los afectados recibieron el tratamiento, y cerca de un mes después las altas de los hospitales rozaban el cien por cien. En junio del 2020 se dio por erradicada la pandemia mundial que había hecho tambalear los cimientos de una sociedad que se creía irreductible, haciendo que las cosas, a partir

de ese momento, fueran a cambiar.

Los primeros rayos de sol de ese nuevo día, descubrieron a Johan abrazado al menudo cuerpo de Sora, que dormitaba de manera tranquila acurrucada sobre su pecho.

—¿Ya ha sonado el despertador? —preguntó ella, entreabriendo los ojos de manera cansada.

—Shhh puedes dormir un poco más, yo te despertaré.

—Estoy cansada —reconoció Sora, dando la vuelta y acomodándose contra el frío cuerpo de Johan—. Me pregunto... de latir, ¿cómo sonaría tu corazón? Seguro que tendría un ritmo frenético.

—¿Tu crees? —meditó Johan en voz alta—. Nunca me lo he planteado. Oye Sora...

—Aja —dijo ella, con los ojos aun cerrados.

—¿Nunca perdiste la fe? —preguntó él, haciendo que ella se desvelara de pronto.

—Nunca —se apresuró a responder alzándose de pronto—. Jamás, ni por un solo instante —insistió hablando atropelladamente—. Sabía que al final todo saldría bien.

—¿En serio?

—¡Claro! Porque juntos, siempre, **TODO SALDRÁ BIEN.**